



## CAPÍTULO XXII.

### COMBATE PERSONAL DE TANCREDO Y ARGANTE.

**E**l célebre Tasso describe en magníficos versos el combate personal de Tancredo con Argante el Musulman. „O las órdenes de Aladino, dice, ó el terror y la muerte habian rechazado á los infieles léjos de los parapetos: solo Argante se obstina en defender el muro abandonado: presenta á los cristianos una frente siempre intrépida, y aun sigue combatiendo rodeado de sus batallones. Teme mas que la muerte la vergüenza de ceder, y ya que muera, á lo ménos no quieré ser vencido.

Mas que los otros guerreros lo estrecha y combate Tancredo. En sus pasos, y en sus armas muy pronto

el Circasiano reconoció al guerrero que había ya medido sus fuerzas con él, quien le juró otra vez volver al combate y habia engañado su esperanza: „Tancredo, le gritó Argante, ¿así cumples tu palabra? ¿Por fin llegó el dia en que te debia volver á ver? Yo te aguardaba mas pronto, y te aguardaba solo, creia que iba á batallar con un guerrero; pero tú no eres mas que un vil fabricante de máquinas; no importa: amurállate con tus soldados, inventa nuevas armas, y nuevas estratagemas: usa de la astucia en vez del valor: ¡intrépido asesino de mugeres, un brazo te prepara la muerte que no podrás evitar!” Tancredo le responde con sonrisa desdeñosa: „He vuelto tarde, pero tal vez te parecerá demasiado temprano. Pronto quisieras que nos dividieran el mar y las montañas. Te va á probar mi brazo que mi tardanza no se debió ni al temor ni á la debilidad. Ven, terrible destructor de gigantes y de héroes, que te desafía el asesino de las mugeres. Dijo, y mandó á los suyos que se retirasen. „Respetad á Argante, él es mi enemigo mas que vuestro, y su vida me pertenece: el cielo y mis juramentos le entregan á mis golpes.”

„Vamos, dijo el Circasiano, solo, ó acompañado, en medio de Jerusalem, ó en el desierto: sean los que fueren mis riesgos, y sea cual fuere mi esperanza, yo no te dejaré.” Hecho y admitido el desafío, caminan ambos de acuerdo para decidir la fatal contienda. El odio va con uno de ellos, y el ardor de combatir hace del otro el defensor y el apoyo de su rival. Ambicioso de



gloria, y ambicioso del triunfo, creeria Tancredo burlada su venganza, si una sola gota de la sangre del infiel se derramara por una mano que no fuera la suya, y cubriéndole con su broquel: „retiraos, no le toqueis, les grita desde léjos á todos los que encuentra.” en fin así arranca su presa de las manos de los cristianos irritados y victoriosos. Salen de la ciudad, y dando algunos rodeos léjos de las tiendas de los cristianos, se meten en un valle secreto. Allí bajo la espesura sombria á la falda de una colina hallaron un sitio solitario que parecia destinado á ser el teatro de un combate.

Ambos se pararon allí: Argante da sobre Jerusalem miradas inquietas y tiernas. Viendo Tancredo que su rival no tenia broquel, arroja el suyo muy léjos de sí. „¿Qué ideas te están ocupando, le dijo, piensas que llegó tu hora postrera? Si tal presentimiento causa tu temor, ese temor ha llegado muy tarde.”--No, yo pienso en aquella deplorable ciudad, reina un tiempo de las ciudades de Palestina, hoy cautiva y aniquilada, cuya caída he procurado en vano dilatar: pienso en que tu vida que el cielo entrega en mis manos, no basta para su venganza y la mia. Dijo, y entrambos se dirigen uno contra otro, con las precauciones que les inspira el valor conocido de su enemigo. Tancredo, flexible y ágil caracolea, y hiere como un rayo: Argante es mas alto, y parece que le va á oprimir con su vasto peso. El cristiano gira, se dobla, se endereza, se abalanza, se retira, espia las oportunidades que se le presentan, y con su espada aparta la espada de su enemigo. In-

móvil, y descubiertó el infiel, con actitud diferente, muestra igual destreza: con el brazo estendido busca, no el hierro sino el cuerpo de su rival. Uno da cada instante nuevos ataques; el otro presenta siempre el hierro á la cara, siempre vigilante contra la sorpresa y la astucia, lleva por todos lados la espada y el peligro. Así en un mar sosegado luchan con igual ventaja dos bajeles de tamaño desigual, uno mas pesado, otro mas ágil: uno va, viene, ataca sucesivamente á la popa y á la proa: el otro inmóvil, cuando se le acerca el enemigo amenaza echarlo á fondo con su altura y con su peso.

Mientras con un ardid afortunado se gloria Tancredo de sorprender á su rival, Argante le presenta en la cara la punta de la espada; el otro quiere evitarlo, pero el infiel engaña su destreza y le hiere en el costado. „¡Gran maestro de esgrima, le grita, estas vencido con tus mismas arterias!” Devorado de vergüenza y de despecho, se entrega el héroe á todo su furor, se consume por vengarse, y una victoria tardía es para él una derrota. No responde al ultrage sino con la espada cuya punta le dirige á la visera: Argante se quita el golpe; Tancredo da un paso adelante, con la izquierda agarra el brazo derecho del infiel, y le da en el costado heridas profundas y repetidas. „Toma, le dijo, he aquí la respuesta que el vencido da á su vencedor.” El Circasiano se estremece y se agita, pero no puede desprender su brazo del lazo que le aprieta. En fin, suelta su espada y se precipita sobre Tancredo, se agarran



entrambos, y con sus brazos nerviosos se abrazan, se estrechan, se bambolean. Así se vió en otro tiempo luchar al valiente Alcides con el terrible hijo de la tierra. Despues de mil vaivenes y de mil esfuerzos caen juntos los dos, y sea destreza ó acaso, quedó libre el brazo derecho de Argante, miéntras que con todo su peso oprimia el brazo de Tancredo. A vista del peligro que le amenaza, se agita el héroe cristiano, se desprende y se levanta. Mas pesado el sarraceno se levanta mas lentamente y ya herido de un golpe terrible vacila y va á caer en tierra, pero lo sostuvieron en pié su rabia y su vigor. Así el soberbio pino azotado por los aquilones se dobla y se endereza en un momento. Comienza de nuevo el combate, y aunque con ménos arte y destreza es todavía mas terrible.

Corre la sangre de Tancredo por mas de una herida, pero el infiel pierde la suya á torrentes: se agotan ya sus fuerzas, y se debilita su furor. Así se consume y apaga la llama á falta de pábulo. Tancredo que lo ve dar con brazo debilitado golpes cada vez mas lentos, siente calmarse su propia cólera, y separándose de él le dirige este discurso tranquilo. „Entrégame las armas, generoso guerrero: reconóceme por tu vencedor, ó al ménos cede á la fortuna. Yo no quiero de tí ni triunfos ni despojos, ni me reservo ningun derecho sobre tí.” El Circasiano mas terrible con esto, reanima todo su furor, y toda su rabia: „Luego tú, le dice, ¿te glorías de mi derrota, y te atreves á proponerme una vileza? Anda, usa de tu fortuna, que mi corazon no

conoce el temor, y sabré castigar tu temeridad.” La cólera inflama los restos de su sangre, y rehace sus fuerzas desfallecidas. Quiere con un esfuerzo generoso ilustrar sus últimos momentos. Así una tea que va á apagarse dá al morir una claridad mas viva.

Con ambas manos coge su espada, se arroja sobre Tancredo que le opone en vano la suya; le hiere el hombro y luego el costado donde el acero hace mas de una herida. ¡O Tancredo, si tú no te acobardas, es porque la naturaleza te dió un corazon incapaz de bajos sentimientos! Redobla el infiel sus golpes, mas sus esfuerzos inútiles se pierden en los aires: Tancredo que prevé el golpe, huye el cuerpo á la muerte que le amenaza. Víctima de tu furor, oh generoso Argante, tu propio peso te ha arrastrado y vas á dar en tierra: feliz á lo ménos de solo haber cedido á tí mismo, y de no caer á los golpes de tu enemigo.

En su caída se desgarran sus heridas, y la sangre corre á borbotones: apóyase en la tierra con la mano derecha, se alza sobre sus rodillas y se defiende todavía. Ríndete, le grita Tancredo, ofreciéndole la vida y la libertad: pero el pérfido con un golpe imprevisto le hiere el talon y le amenaza aún. Furioso el héroe: traidor, le dice, ¿así abusas de mi piedad? A estas palabras le metió la espada por la visera, y la sacó, y la volvió á meter. Muere Argante, y muere como ha vivido sin debilidad ni vileza, y siempre amenazando. Audacia, orgullo y furor respiran sus últimas palabras. Tancredo envainó su espada victoriosa, y ofreció al E-



terno su gloria y su triunfo; pero estaba estenuado ya para caer sobre los laureles rociados de sangre, y temió que su vigor espirante no resistiera á las fatigas de su regreso; sin embargo toma su camino, y débil y vacilante se arrastra paso á paso. Ya no puede sostenerse, y su último esfuerzo acaba de aumentar su languidez: siéntase en tierra, inclina la cabeza y la apoya en su mano desfallecida. Ve que todo da vueltas alrededor de sí, y un velo cubre sus ojos: en fin, se desmaya, y en tal estado, apénas se distingue el vencedor del vencido.”

Volviéndonos, continúa Chateaubriand, á la ciudad por el valle de Josafat, encontramos á la caballería del bajá que volvia de su expedicion; y no es posible pintar el orgullo y alegría de aquella soldadesca vencedora de los carneros, cabras, asnos y caballos de algunos pobres árabes del Jordan.

Hablaremos ahora de la especie de gobierno que hay en Jerusalem. 1.º Un *Mosallam* ó *Sangiachey*, que es el comandante militar. 2.º Un *Mula-Cady* ó ministro de policía (\*). 3.º Un *Mufty*, que es el gefe principal de los santones ó empleados de justicia. Cuando este mufty es un fanático ó un malvado, como el que habia entónces en Jerusalem, es la mas tiránica de todas las autoridades para los cristianos. 4.º Un *Mute-*

(\*) Todos los magistrados del imperio llamados *cadis*, esto es, *jueces*, dependen de un gefe principal de Constantinopla. El gran *Cadí* nombra á los jueces de las ciudades principales como Alepo, Damasco, Jerusalem etc., y estos nombran otros inferiores en sus demarcaciones: estos destinos se arriendan cada año al mejor postor.





*nely* ó aduanero de la mezquita de Salomon. 5.º Un *Susbachi* ó *Preboste* de la ciudad.

Estos tiranos subalternos dependen todos, escepto el *mufty*, de un primer tirano, que es el *bajá* de Damasco, pues sin saber por qué, está sujeta Jerusalem al gobierno de esta ciudad, á no ser que lo atribuyamos al sistema destructor que los turcos siguen naturalmente y por instinto. Como Jerusalem está separada de Damasco por grandes montes, y aun mas por los árabes que hacen como intransitable el desierto, no siempre es fácil el quejarse al *bajá* de las injusticias y opresiones de los subalternos. Mucho mejor seria que dependiese del *bajá* de Acre, que se halla allí cerca, pues los francos y los padres latinos podrian ponerse bajo la proteccion de los cónsules que hay en los puertos de Siria, y los griegos y los turcos podrian fácilmente quejarse de cualquier injusticia; pero esto es precisamente lo que se procura evitar, pues se quiere una esclavitud muda, y no insolentes oprimidos que se atrevan á decir que se les oprime.

Jerusalem está, pues, sujeta á un gobernador casi independiente, pues con toda impunidad puede hacer el mal que quiera teniendo contento al *bajá*. Sabido es que en Turquía todo superior tiene derecho de delegar sus poderes á un inferior, y estos poderes se estienden siempre sobre las propiedades y la vida. Pagando algunas bolsas, un *genízaro* puede convertirse en un pequeño *agá*; y este *agá* puede mataros cuando se le antoje, ó permitiros que rescateis vuestra vida. De



este modo se multiplican los verdugos en todos los lugares de Judea. Lo único que se oye en este pais, la única justicia de que se trata es: *Pagará diez, veinte, treinta bolsas: se le darán quinientos palos: se le cortará la cabeza.* Un acto de injusticia obliga á una injusticia mayor. Si un juez roba á un vecino, tiene que robar á otro mas, pues para libertarse de la fingida probidad del bajá, necesita tener con un segundo crimen, con que pagar la impunidad del primero.

Se creará tal vez que cuando el bajá recorre los pueblos de su gobierno, remedia estos males y hace justicia á los oprimidos; pero el mismo bajá es el mayor azote de los habitantes de Jerusalem, los cuales temen su llegada cual si fuese la de un enemigo, y así es que cierran las tiendas, se esconden en las cuevas, huyen á los montes, ó fingen que se están muriendo echados sobre sus esteras.

Puedo atestiguar la verdad de estos hechos, pues que me hallé en Jerusalem cuando llegó el bajá. Abdallah es sumamente avaro, como casi todos los musulmanes; y como tiene el mando de la caravana de la Meca, con el pretexto de recoger dineros para proteger á los peregrinos, se cree con derecho para multiplicar las exacciones, valiéndose para ello de mil infames ardidés. El que mas comunmente usa es tasar á bajo precio todos los comestibles. Con esto el pueblo se alegra, y los mercaderes cierran sus tiendas, á lo que se sigue la escasez. El bajá trata secretamente con los mercaderes, y recibiendo de estos algunas bolsas

les permite vender al precio que quieran. Para sacar ellos el dinero que han dado al bajá, lo ponen todo muy caro, y muriendo segunda vez el pueblo de hambre, se ve obligado para mantenerse á vender cuanto tiene.

He visto á este mismo Abdallah cometer una vejacion aun mas sagaz. Dije que habia enviado su caballería á robar á los labradores árabes que habitan al otro lado del Jordan. Estos infelices que habian pagado el miri ó impuesto, y que no se creian en guerra con nadie, fueron sorprendidos en sus tiendas con sus ganados. Les quitaron dos mil doscientas cabras y carneros, noventa y cuatro terneras, mil asnos y seis yeguas de la primera especie, y solo se escaparon los camellos siguiendo á un jeque que los llamó, pues estos leales hijos del desierto fueron á llevar su leche á sus amos que estaban en los montes, como si adivinasen que no tenian otro alimento que aquel.

No podria imaginarse un europeo lo que el bajá hizo de aquel botin al asó cada bestia en doble mas de lo que valia, y las envió á los carniceros y gentes acomodadas de Jerusalem y lugares circunvecinos para que se las comprasen, pena de la vida. No creeria yo esto si no lo hubiese visto. Los asnos y los caballos que dan para la tropa, segun la costumbre de estos ladrones.

Luego que el bajá ha saqueado de este modo á Jerusalem, se retira, y para no pagar la guarnicion de la ciudad, y aumentar la escolta de la caravana de la Meca, se lleva la tropa, y deja al gobernador solo con



una docena de alguaciles, que no bastan para hacer respetar su autoridad y defender el pais. El año anterior al en que yo estuve en Jerusalem, se tuvo que esconder en su casa, porque no le cogiesen unas cuadrillas de ladrones que pasaron por encima de las murallas de la ciudad y amenazaron saquearla.

Apénas se ha ido el bajá, cuando como consecuencia de su opresion resulta otro mal, pues los lugares que han sido saqueados se sublevan, y unos á otros se acometen renovándose odios y venganzas que son hereditarias. Cesa todo trato y tráfico: decae la agricultura, porque durante la noche el aldeano va á arrancar las viñas y olivares de su enemigo. Al año siguiente vuelve el bajá y saca el mismo tributo de un pais en el que se ha disminuido la poblacion y la riqueza; con lo que tiene que aumentar la opresion y destruir pueblos enteros. Con esto el desierto se hace cada dia mayor, y solo se ven á grandes distancias caserones arruinados, y espaciosos cementerios, quedando pronto solo estos para que se conozca el parage en que hubo un lugar.

Habiendo visto cuanto habia que ver dentro y fuera de Jerusalem, traté de mi partida. Antes de verificarla, los religiosos quisieron concederme un honor, que ni habia pedido ni merecia, pues en consideracion á los ligeros favores que les habia hecho, me pidieron admitiese la órden del Santo Sepulcro. Esta órden que es muy antigua en la cristiandad, aunque no subamos su origen á Santa Helena, estaba ántes muy extendida



1. Mujer Judia de las cercanias de Jerusalem. 2. Joven Judia de Jerusalem. 3. Principe Arabe.



en Europa, pero ya solo se halla en Polonia y en España, y el guardian del Santo Sepulcro es el único que tiene derecho de conferirla.

Salimos á la una del convento y pasamos á la iglesia del Santo Sepulcro. Entramos en la capilla de los padres latinos, y se cerraron cuidadosamente las puertas, temiendo que los turcos viesen las armas y matasen á los religiosos. El guardian se revistió con sus ropas pontificales: se encendieron las lámparas y las velas, y estando presentes todos los religiosos se formaron en círculo dejándome en medio. Mientras cantaban en voz baja el *Veni Creator*, el guardian subió al altar, y yo me arrodillé á sus piés. Sacó del tesoro del Santo Sepulcro las espuelas y la espada de Godofredo de Bouillon, que dió á dos religiosos que estaban á mi lado, y luego que hubo rezado las oraciones acostumbradas, y que me hubo hecho las preguntas que exige el estatuto, me calzó las espuelas, me dió tres veces en la espalda con la espada, y luego el abrazo como caballero.

